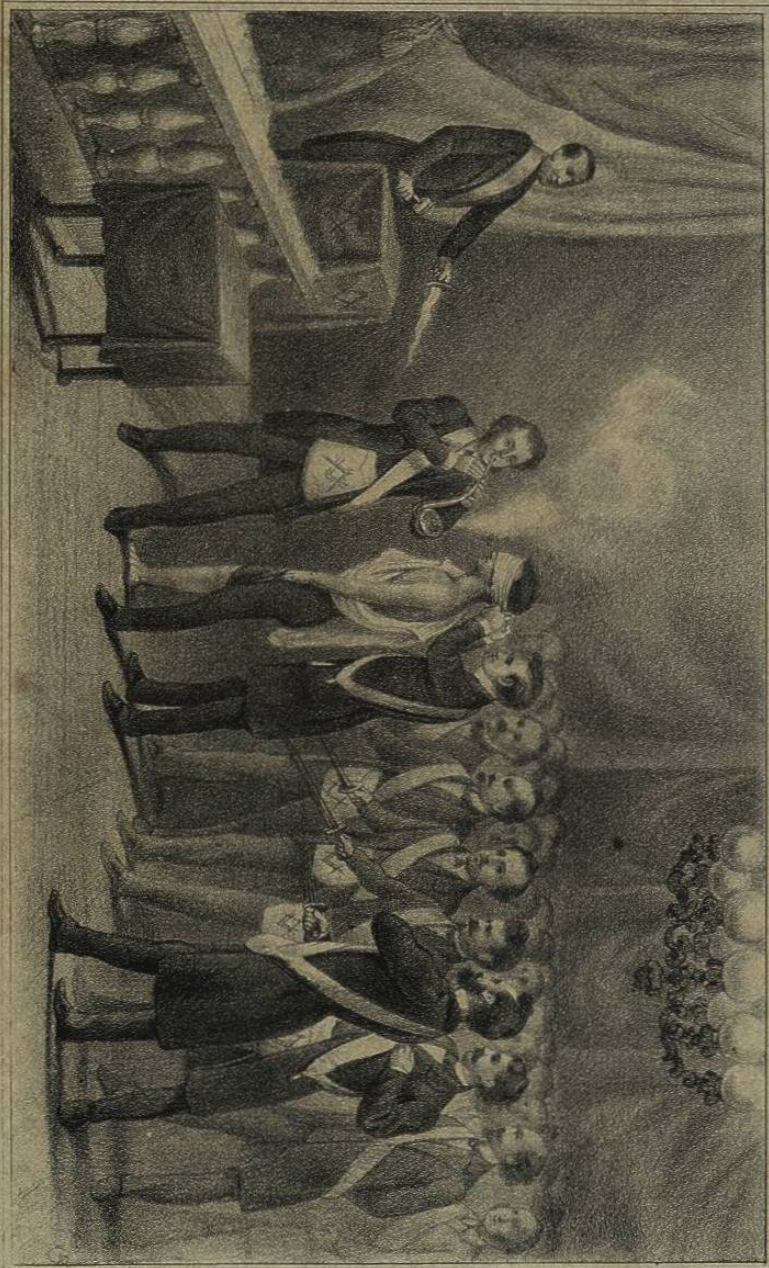


Mauricio recibiendo de compañero



Idolo de la guerra

MAURICIO EL AJUSTICIADO

### III.

#### La recepción.

Mauricio, entre tanto, había continuado sus paseos en el cuarto negro, y á cada momento las señales que daba de impaciencia eran mas visibles. Por fin, despues de un cuarto de hora largo de espera, la puerta volvió á abrirse, y el individuo de la espada, acercándose á él, comenzó sin ceremonia á desnudarle medio cuerpo y á quitarle cuantas monedas llevaba en el bolsillo, y echándole una cuerda al cuello y vendándole los ojos, le hizo salir de la habitacion.

Nuestro héroe hacia la figura mas lastimosa que pueda verse. Con el seno, el brazo izquierdo y la pierna derecha descubiertos, y la otra parte de su cuerpo vestida; el pié izquierdo calzado con una chinela, vendados los ojos y al cuello la cuerda cuya extremidad llevaba el hermano terrible, parecia ó un ajusticiado á quien llevaban al suplicio, ó un loco á quien conducia su guardian al baño ó al calabozo.

Llegados á la puerta de la lógia, es decir, del departamento en donde acabamos de presenciar parte de los trabajos de los

masones, el hermano terrible mandó á Mauricio que llamase tres veces con fuerza.

Al escuchar los golpes, el primer celador dijo, dirigiéndose al venerable:

—Venerable, á la puerta llaman á lo profano.

—Ved quién es el temerario que se atreve á interrumpir de esa manera nuestros trabajos.

Uno de los hermanos entreabrió la puerta, y poniendo la punta de su espada en el pecho de Mauricio, le dijo á gritos:

—¿Quién es el audaz que se atreve á forzar la entrada del templo?

—Tranquilizaos, contestó el hermano terrible; nadie tiene intención de penetrar contra vuestra voluntad en este recinto sagrado. El hombre que acaba de llamar es un profano que desea ver la luz, y que viene á solicitarla humildemente de nuestra respetable lógia.

—Preguntadle, dijo el venerable, cómo ha osado concebir la esperanza de obtener un favor tan grande.

—Porque nació libre y es de buenas costumbres.

—Pues que es tal cual lo decís, hacidle que diga su nombre, el lugar de su nacimiento, su edad, su religion, su profesion y su domicilio.

—Me llamo Mauricio Gonzaga, nací en Italia, tengo treinta años, soy católico, pintor, y vivo en esta misma casa.

—Introducidle.

El hermano terrible le condujo al centro de la sala y apoyó en su tetilla izquierda la punta de la espada.

—¿Qué sentís? ¿qué veís? dijo el venerable.

—Nada veo, contestó Mauricio. pero siento la punta de una arma.

—Sabed que el arma cuya punta sentís es la imágen del remordimiento que desgarrará vuestro corazon si llegais á ser tan desgraciado que traicioneis á la sociedad en cuyo seno quereis

ser admitido, y que el estado de ceguedad en que os hallais figura las tinieblas en que está sumergido todo hombre que no ha recibido la iniciacion masónica ¿Os presentais aquí libremente, sin opresion, sin sugestion alguna? Responded.

—Sí, señor.

—Reflexionad bien en lo que pedís. Vais á sufrir pruebas terribles; ¿os sentís con bastante valor para arrostrar todos los peligros á que vais á exponeros?

—Sí, señor.

—En este caso no respondo de vos. Hermano terrible, llevad á ese profano fuera del templo y conducidle por todos los sitios por donde debe pasar el mortal que aspire á conocer nuestros secretos.

El hermano terrible llevó á Mauricio á la pieza contigua y le hizo dar en ella multitud de vueltas para desorientarle; luego le condujo de nuevo al templo, cuya puerta estaba abierta de par en par.

A alguna distancia de la puerta varios hermanos sostenian un gran marco, semejante á los aros que los cirqueros de la Compañía Chiarini salvaban en sus ejercicios ecuestres, cubierto de varias capas de papel de marca.

—¿Qué debe hacerse del profano? pregunto el hermano terrible.

—Introducidle á la caverna, contestó el venerable.

Dos hermanos se apoderaron violentamente de Mauricio y le arrojaron sobre el cuadro, cuyo papel se rompió, cayendo nuestro héroe en brazos de otros dos hermanos que detras del marco le esperaban.

Algunos hermanos cerraron estrepitosamente la puerta, y otros, con una argolla y una barra de hierro hicieron un ruido semejante al de una llave que da vuelta varias veces en una cerradura complicada.

Todo quedó en el mas profundo silencio durante algunos momentos.

El venerable dió un fuerte golpe con el mazo, y dijo:

—Conducid al demandante junto al segundo celador y hacédle poner de rodillas.

Esta órden fué inmediatamente cumplida.

—Profano, añadió el venerable, tomad parte en la oracion que vamos á dirigir en vuestro favor al Autor de todas las cosas. Hermanos míos, humillémonos ante el Soberano Arquitecto del Universo, reconozcamos su poder y nuestra miseria. Contengamos nuestras voluntades y nuestros corazones en los límites de la equidad, y esforcémonos en nuestras obras para elevarnos hasta El. El es uno; existe por Sí mismo y de El han recibido y reciben todos los séres la existencia. Se manifiesta en todo y por todo; ve y juzga todas las cosas. Dígnate ¡oh Grande Arquitecto del Universo! proteger á los obreros de paz que están reunidos en tu templo; anima su celo, fortifica su alma en la lucha de las pasiones; inflama su corazon en el amor de las virtudes, y concédeles la elocuencia y la perseverancia necesarias para hacer amar tu nombre, observar tus leyes y extender su imperio. Concede á este profano tu asistencia, y sosténle con tu brazo tutelar en las pruebas que va á sufrir. Amen!

Todos los hermanos repitieron en coro:

—¡Amen!

—Profano, continuó el venerable, ¿en quién poneis vuestra confianza?

—En Dios.

—Pues que poneis vuestra confianza en Dios, seguid á vuestro guia con paso firme y no temais ningun peligro.

El hermano terrible levantó á Mauricio y le condujo al centro de la pieza.

El venerable prosiguió:

Profano, ántes que esta sociedad os admita á las pruebas, es necesario que le acrediteis que sois digno de aspirar á la revelacion de los misterios cuyo precioso depósito conserva. Contestadme cuidadosamente á las preguntas que voy á haceros en su nombre.

Hicieron sentar á Mauricio en un taburete al que le faltaba un pié y con el asiento, que era de tule, roto; de manera que nuestro pobre amigo tuvo los mayores trabajos del mundo para conservar el equilibrio y no hundirse en su asiento, por espacio de media hora larga que duraron las preguntas del venerable.

Como estas fueron poco mas ó menos las mismas á que contestó Mauricio en el gabinete de reflexiones y dió á ellas idénticas respuestas, creemos no deber cansar inútilmente á nuestros lectores con la repeticion de ellas.

Concluido el interrogatorio, añadió el venerable:

—Habeis contestado convenientemente; pero ¿os ha satisfecho plenamente cuanto os he dicho, y persistís en la idea de haceros recibir mason?

—Sí, señor.

—Entónces voy á manifestaros las condiciones bajo las cuales sereis admitido entre nosotros, caso de que salgais victorioso de las pruebas que os restan que sufrir. El primer deber que vais á contraer es el de guardar un silencio absoluto sobre todos los secretos de la masonería. Debeis tambien combatir las pasiones que degradan al hombre y le hacen desgraciado, y practicar las virtudes mas dulces y benéficas; socorrer á vuestro hermano en el peligro; prevenir sus necesidades ó auxiliarle en la desgracia; ilustrarle con vuestros consejos cuando esté á punto de extraviarse, y animarle á hacer el bien cuando se presente la ocasion para ello. Así mismo, habeis de conformaros con los estatutos generales de la masonería, con las leyes particulares de la lógia, y ejecutar todo lo que se os prescriba en nombre de la mayoría de esta respetable asamblea. Una vez

que ya conocéis los principales deberes de un mason, ¿os sentís con fuerza y resolucion para ponerlos en práctica?

—Sí, señor.

—Antes de pasar adelante, os exigimos presteis juramento, pero debeis prestarle bebiendo en un vaso sagrado. Si sois sincero podeis beber con confianza; pero si la falsedad se abriga en el fondo de vuestro corazon, no jureis; apartad mejor el vaso y temed el efecto pronto y terrible del brevaje que contiene. ¿Consentís en jurar?

—Sí, señor.

—Acercad al aspirante al altar.

El hermano terrible condujo á Mauricio al pié de las gradas de la mesa del venerable.

—Hermano sacrificador, prosiguió este, presentad al aspirante la copa sagrada, tan fatal á los perjuros.

El hermano terrible puso en manos de Mauricio una copa con dos divisiones y que giraba sobre un eje. En un lado habia agua, y en el otro un amargo cocimiento de salvia. El venerable continuó:

—Profano, repetid conmigo vuestro compromiso: "Me obligo á la observancia estricta y rigurosa de los deberes prescritos á los masones, y si alguna vez violase mi juramento....."

Al acabar Mauricio de repetir estas palabras, el hermano terrible le hizo beber un poco de agua, y deteniéndole despues, hizo girar la copa de manera que la division que contenia la salvia ocupó el lugar de la que contenia el agua.

El venerable prosiguió:

—.... permita el cielo que la dulzura de este brevaje se cambie en amargor, y que su efecto saludable se convierta para mí en el de un activo veneno.

El hermano terrible dió á beber un poco de salvia á Mauricio que hizo un gesto de repugnancia.

El venerable dió un fuerte golpe con el mazo.

—¿Qué es lo que veo?—gritó—¿Qué significa la alteracion que acaba de manifestarse en vuestro semblante? ¿Acaso vuestra conciencia desmiente ya las palabras de vuestra boca, y la dulzura de este brevaje se ha cambiado en amargura?..... Retirad al profano.

El hermano terrible condujo de nuevo á Mauricio al centro de la pieza.

—Si teneis el designio de engañarnos, prosiguió el venerable, no espereis conseguirlo; la continuacion de vuestras pruebas lo manifestará claramente á nuestros ojos. Creedme, seria mejor para vos retiraros en el acto; todavía es tiempo; dentro de un momento será demasiado tarde. Si adquirimos la certeza de vuestra perfidia, os veriais precisado á renunciar para siempre á volver á ver la luz del dia. Meditad, pues, seriamente sobre lo que vais á hacer.

Despues, dirigiéndose al hermano terrible, añadió, dando un furibundo golpe con el mazo:

—Hermano terrible, apoderaos de ese profano y hacedle sentar en el banquillo de las reflexiones.

El hermano terrible obligó ásperamente á Mauricio á sentarse en el incómodo taburete que ya le habia servido de asiento.

—Quede allí entregado á su conciencia, añadió el venerable, y que á la oscuridad que cubre sus ojos se una el horror de una soledad absoluta.

Todos los asistentes guardaron durante un rato el mas profundo silencio.

—Ahora bien, profano, continuó el venerable, ¿habeis reflexionado bien sobre el partido que mas os conviene tomar? ¿os retirais, ó persistís, por el contrario, en arrostrar las demas pruebas?

—Pérsisto en ello.

--Hermano terrible, haced verificar á este profano su primer viaje, y procurad no exponerle á ningun peligro.

Miéntas este diálogo tenia lugar, los hermanos habian colocado en el piso y suspendido en el techo de la lógia diferentes objetos, de manera que Mauricio, al recorrer tres veces la lógia dirigido por el hermano terrible, anduvo, la primera, por unas tablas movibles, colocadas sobre pequeñas ruedas y llenas de obstáculos en que á cada paso tropezaba; la segunda tuvo que caminar por tablas inclinadas en forma de trampa; que se hundian con su peso y parecian arrastrarle á un abismo; y la tercera se le obligó á subir una escala fabricada con un arte tal, que aunque constaba de pocos escalones parecia interminable; y cuando él suponía que se hallaba á extraordinaria altura, una órden imperiosa del venerable le obligó á precipitarse, y cayó, sin hacerse daño, en los brazos del hermano terrible.

Miéntas Mauricio se entregaba á tan desagradable ejercicio, los masones estaban no ménos singularmente ocupados. Algunos movian por medio de cigüeñas cilindros de madera llenos de matatenas, para imitar el ruido del granizo. Otros tenían fuertemente estirada una tela de seda que los de mas allá frotaban con cilindros para imitar los silbidos del viento. Aquellos agitaban violentamente algunos objetos suspendidos en la bóveda, que producian un ruido semejante al del trueno y que interceptando y descubriendo de súbito la luz, imitaban los resplandores del rayo. Estos, lanzaban gemidos lastimeros y gritos de dolor, y todos, ménos Mauricio parecian estar muy divertidos con aquel concierto infernal, y con aquella escena que á fuerza de querer parecer sublime y espantosa, era ridícula y grotesca hasta no poder mas.

El hermano terrible condujo luego á Mauricio al lado del segundo celador, y le obligó á darle tres palmadas en el hombro.

Este hermano se levantó y poniendo su mazo en el corazon de Mauricio, dijo bruscamente:

—¿Quién me llama?

—Es, respondió el hermano terrible, un profano que solicita ser recibido mason.

—¿Cómo se ha atrevido á esperar semejante favor?

—Porque nació libre, y es de buenas costumbres.

—Siendo así, que pase.

—Profano, dijo entónces el venerable, estais dispuesto á emprender un segundo viaje?

—Sí, señor; respondió el candidato.

El hermano terrible tomó de nuevo á Mauricio y le hizo dar otras tres vueltas por la lógia. Los escotillones y las bambalinas habian sido retirados, y los hermanos masones no lanzaron gritos desgarradores, pero acompañaron la marcha de Mauricio chocando unos con otros sus espadas.

Terminadas las tres vueltas, Mauricio fué conducido junto al primer celador, á quien como lo habia hecho antes con el segundo, dió tres palmadas en el hombro.

—¿Quién me llama?—gritó, poniendo su mazo en el corazon de nuestro héroe.

—Es, dijo el hermano terrible, un profano que solicita ser recibido mason.

—¿Cómo se ha atrevido á esperar semejante favor?

—Porque nació libre y es de buenas costumbres.

—Siendo así, que pase;—dijo al fin el primer celador, tomando la mano derecha de Mauricio, y sumergiéndola por tres veces en un vaso lleno de agua.

—Profano, repitió el venerable; ¿estais dispuesto á emprender un tercer viaje?

—Sí, señor.

Las tres vueltas que el hermano terrible obligó á dar de nuevo á Mauricio, se verificaron en medio del mas profundo silencio.

Después de la tercera vuelta, el hermano terrible condujo al candidato al estrado, á la derecha del venerable. Allí Mauricio dió en el hombro de este tres palmadas, exactamente como lo habia hecho con los dos celadores.

—¿Quién es?—preguntó el venerable.

—Es, respondió el hermano terrible, un profano que solicita el favor de ser recibido mason.

—¿Cómo se ha atrevido á esperar semejante favor?

—Porque nació libre, y es de buenas costumbres.

—Pues que es así, que pase por las llamas purificadoras, á fin de que nada le quede de profano.

El hermano terrible tenia ya en la mano un instrumento de rara forma, que consistia en un tubo rematado por una lámpara encendida con aguardiente; la azulosa llama flameaba en el centro de innumerables agujeros pequeños que se comunicaban con el tubo, y al descender Mauricio las gradas del estrado, sopló el hermano terrible por tres veces en el tubo, y saliendo otras tantas por los agujeros de que hablamos, nubes de polvo de licopodio que se inflamaban en la luz de la lámpara, Mauricio sintió el calor de las llamas en su rostro, y la fuerte luz que producian hirió sus ojos al traves de la venda.

—Profano, dijo el venerable, vuestros viajes han terminado felizmente; habeis sido purificado por la tierra, por el aire, por el agua y por el fuego. No hay palabras bastantes para elogiar vuestro valor; que no os abandone, sin embargo, porque teneis que sufrir aun algunas pruebas. La sociedad en la cual deseais ser admitido, podrá acaso exigiros que derrameis por ella hasta la última gota de vuestra sangre. ¿Consentiriais en ello?

—Sí, señor.

—Tenemos necesidad de convencernos de que esta no es una vana protesta del momento. ¿Estais dispuesto á que se os abra la vena en este mismo instante?

—Sí, señor.

—Hermano cirujano, cumplid vuestro deber.

Entonces, del grupo que formaban los hermanos que asistian á esta escena, se desprendieron dos hombres, uno de los cuales llevaba una jarra pequeña llena de agua tibia, y con un piton extraordinariamente estrecho; el que le acompañaba vendó el brazo de Mauricio y le picó en la sangradera con un palillo de dientes, al mismo tiempo que el del agua derramaba en el mismo sitio un poco de ella con mucho tiento para que nuestro héroe creyese que brotaba su sangre. Otro hermano tenia debajo del brazo de Mauricio una vasija adonde caia el agua que se derramaba de su brazo. Concluida la fingida sangría, el hermano cirujano vendó de nuevo el brazo de Mauricio, y se le hizo colocar en un pañuelo que le ataron al cuello.

Luego, dirigiéndose á Mauricio, dijo el venerable:

—Todos los masones llevan en el pecho una marca misteriosa que sirve para reconocerlos; os considerariais dichoso si pudierais vos tambien mostrar esa marca? No debo ocultarlos que se aplica con un hierro candente. ¿Quereis que se os imprima?

—Sí, señor.

—Imprimidle el sello masónico, hermano terrible.

Este apagó entonces una vela de cera de que se habia provisto y aplicó, la parte superior de ella, caliente aun, al pecho de Mauricio:

—Profano, manifestad al hermano hospitalario cual es la ofrenda que teneis intencion de hacer para el alivio de los hermanos indigentes.

Mauricio dijo en voz baja algunas palabras al oido de un nuevo hermano que se habia colocado á su lado.

—Vais muy pronto, continuó el venerable, á recoger el fruto de vuestra firmeza en las pruebas, y de los sentimientos de compasion y generosidad, tan gratos al Grande Arquitecto del Universo, que acabais de manifestar. Hermano maestro de ceremonias, llevad al candidato junto al primer celador, á fin de que

este le enseñe á dar el primer paso en el ángulo de un cuadrilongo. Vos le enseñareis á dar los otros dos, y le conducireis en seguida al altar de los juramentos.

Conforme á la órden dada por el venerable, el primer celador y el maestro de ceremonias enseñaron sin gran trabajo á Mauricio una especie de paso de punta y talon, y el último le condujo ante la mesa del venerable, á la que éste daba el pomposo título de altar de los juramentos. Allí le hizo arrodillar, y le apoyó en la tetilla izquierda las puntas del compás que tomó de encima de la mesa.

El venerable dió entónces un golpe con el mazo y dijo:

—En pié y al órden, hermanos míos! El neófito vá á prestar el juramento terrible.

Todos los hermanos se levantaron, y tomaron cada uno su espada, que empuñaron como cuando los oficiales presentan las armas.

Mauricio repitió con voz firme las siguientes palabras que le fueron dictadas por el venerable:

—En presencia de Dios Todopoderoso y de esta respetable asamblea, juro que jamás revelaré los secretos de la sociedad masónica, así como nada de lo que esta me comunique; no hablando de cualquier asunto de la misma sino con un legítimo y verdadero hermano reconocido y examinado como tal, ó en una lógia constituida y aprobada. Juro igualmente no divulgar jamás estos secretos, ni ocasionar directa ni indirectamente su revelacion por cualquier medio; y si en todo ó en parte contraviere de algun modo á este juramento, consiento en que mi cabeza sea cortada, mi corazón y mis entrañas arrancados, en que mi cuerpo sea reducido completamente á cenizas, y estas esparcidas por el viento.

Apénas había acabado Mauricio de pronunciar estas palabras, el maestro de ceremonias le hizo levantar, y le condujo al centro de la lógia; todos los hermanos le rodearon y dirigieron há-

cia él sus espadas desnudas, de tal manera que parecía ser un centro de donde partían rayos resplandecientes. El maestro de ceremonias se colocó á su espalda y desató la venda que le cubría los ojos, aun que sin dejarla caer, y otro hermano fué á ocupar un lugar al lado derecho de Mauricio, y á unas cuantas pulgadas de distancia, llevando la lámpara que había servido para la purificacion.

—Hermano primer celador,—dijo el venerable,—una vez que el valor y la perseverancia de este aspirante, le han hecho salir victorioso de sus largas pruebas, ¿le juzgais digno de ser admitido entre nosotros?

—Sí, venerable.

—¿Qué pedís para él?

—La luz.

—Seále concedida, dijo el venerable dando tres golpes con el mazo.

Al tercer golpe, el maestro de ceremonias quitó la venda á Mauricio, y en el mismo instante el hermano que tenía la lámpara sopló fuertemente, de manera que inflamándose el licopodio produjo una viva claridad, deslumbrando completamente á Mauricio, quien merced á la venda había permanecido á oscuras largo rato.

—No temais, hermano mio,—continuó el venerable;—las espadas que os amenazan no son fatales mas que á los perjuros. Si sois fiel á la masonería, como lo esperamos, estas espadas estarán siempre dispuestas á defenderos; pero si, por el contrario, llegaseis algun dia á serle traidor, ningun lugar de la tierra os ofrecería un refugio contra estas armas vengadoras.

Todos los hermanos bajaron la punta de sus espadas, y el venerable ordenó al maestro de ceremonias que condujera al nuevo hermano al altar. Llegado allí Mauricio, el maestro de ceremonias le hizo arrodillar, y poniéndole el venerable la punta de la espada flamígera en la cabeza, le dijo:

—En nombre del Grande Arquitecto del Universo, y en virtud de los poderes que me han sido confiados, os creo y constituyo aprendiz mason, y miembro de esta respetable lógia.

Dando despues tres golpes con el mazo en la hoja de la espada, levantó á Mauricio; le ciñó un mandil de piel blanca, emblema del trabajo; le dió un par de guantes blancos, símbolo de la pureza de costumbres prescrita á los masones, y otros guantes para mujer, tambien blancos, para que los regalara á la que fuese de su mayor estimacion; le dijo algunas frases vacias de sentido á las que llamó misterios particulares del grado de aprendiz mason, y le imprimió tres besos fraternales.

El maestro de ceremonias condujo nuevamente á Mauricio al centro de la lógia, le proclamó en su nueva cualidad, y obediendo á una órden del venerable, todos los hermanos aplaudieron levantando las manos por tres veces y dejándolas caer otras tantas sobre sus mandiles.

Mauricio, despues de haberse puesto la ropa de que le despojó el hermano terrible en el cuarto negro, fué conducido por el maestro de ceremonias al extremo de una de las bancas que se hallaban á la derecha del venerable, y allí, un nuevo hermano, á quien el venerable dió el título de hermano orador, le dirigió un larguísimo discurso de que hacemos gracia á nuestros lectores, suponiéndolos ansiosos de salir cuanto ántes de la lógia, y de conocer la historia de un hombre que con tan rara constancia se habia prestado á ser instrumento pasivo en ceremonias tan originales como las que acabamos de presenciar.

Concluido el discurso del hermano orador, el venerable, dirigiéndose al primer celador, pronunció estas palabras:

—¿Qué edad teneis, hermano primer celador?

—Tres años, venerable.

—¿A qué hora acostumbra los masones cerrar sus trabajos?

—A las doce de la noche.

—¿Qué hora es?

—Son las doce, venerable.

—Pues que son las doce, y á esta hora debemos cerrar nuestros trabajos, atended hermanos míos y prestadme vuestra ayuda.

Entonces dió tres golpes con el mazo, que fueron repetidos por los celadores, y volviéndose hácia el hermano que tenia mas cerca, le dijo una palabra al oído; este fué á decirla al primer celador, quien por medio de otro hermano la comunicó al segundo celador.

—Venerable, dijo este, todo es justo y perfecto.

—Pues que es así, en nombre del Grande Arquitecto del Universo declaro cerrada esta lógia. A mí, hermanos míos.

Todos los asistentes, á ejemplo del venerable, llevaron la mano á la empuñadura de la espada y en seguida al cuello, gritando en coro como al abrir los trabajos:

—¡Houzzé!

—Están cerrados los trabajos, dijo el venerable.—Podeis retiraros, hermanos míos.